

## Modernización o supervivencia

Armando R. Poratti

Modernización, modernidad, modernismo: el tema, puesto oficialmente de moda, nos propone palabras de una familia cuya madre es, justamente, “moda”. Esta nos recuerda lo transitorio, lo efímero y, sobre todo, lo frívolo. Pero “moda” puede ser también una palabra seria. Así, en el decir poético de Schiller –en el célebre Himno a la Alegría de la Novena beethoveniana– *die Mode* es el Tiempo severo que ha roto los lazos fraternales. Por otra parte, aquellas palabras hacen alusión a configuraciones históricas, a momentos y épocas, y nos ponen en el terreno de una Filosofía de la Historia. Tenemos que mantener presente esta pluralidad de sentidos.

La palabra “modernidad”, como época, nos remite a la Modernidad europea, de la cual el pensamiento latinoamericano –y también por cierto, el mismo pensamiento europeo– ha agotado la crítica. Sólo quisiéramos recordar, siguiendo un pensamiento de Amelia Podetti<sup>1</sup>, que reservar el rótulo de Modernidad para un momento de la historia de Europa es un equívoco cargado de pesada ideología, porque tal vez lo fundamental de esa época, lo que la hace tal, sean menos los fenómenos endógenos de esa historia cuanto la totalización geográfica del planeta que Europa lleva a cabo, abriendo así, de modo efectivo, la era de la historia mundial: la expresión adecuada es Mundo Moderno, donde en la palabra “mundo” coinciden por primera vez el sentido geográfico y el histórico. Y tampoco –y siempre siguiendo a Amelia Podetti– se trata de la historia de Europa como sujeto de su expansión, sino de la dialéctica, siempre dramática, que esa expansión genera en su contacto agresivo con otros “mundos”, en la cual éstos han estado lejos de ser objetos pasivos.

El resultado actual del Mundo Moderno aparece traducido en otra expresión, más o menos reciente y densa de significado: el post-modernismo, la

post-modernidad, acuñada en los centros de poder que heredaron y superaron a una Europa hoy descentrada. Esa expresión se sitúa en la misma línea que otras, como sociedad post-industrial o era tecnocrática, pero la preferimos, como más significativa, porque no hace alusión a un elemento, por decisivo que sea, del mundo actual, sino a la superación del Mundo Moderno como un todo: a una mutación histórica. En primer lugar, revela la conciencia de que en la división escolar de las épocas de la Historia universal –esto es, de la historia de Occidente– la distinción entre Edad Moderna y Contemporánea, con el inicio de esta última fechado en 1789, es falsa o arbitraria (es  *europea*, pero hoy el mundo no es pensado desde Europa), y de que aquello a lo que asistimos es a la culminación, crisis y superación de un mundo gestado entre los siglos XIV y XVII. Por otra parte, la persistencia de la palabra modernidad, con el prefijo post-, indica la indeterminación en que, en este estadio inicial, se encuentra la nueva época (aunque sus rasgos sean previstos, o mejor dicho propuestos, por teóricos –o teórico-prácticos– que van desde M. McLuhan a D. Bell, Z. Brzezinski, H. Kissinger o A. Tofler).

En la Europa moderna, dentro del Mundo Moderno, el factor económico, como fin en sí, fue el prevaleciente (y por eso su mejor teórico es K. Marx). Las características más evidentes del mundo postmoderno (reflejadas en sus otras denominaciones) se ven también en este terreno, como una mutación de los modos de producción: superación del modo de producción industrial, preeminencia de los servicios sobre el trabajo productivo, robotización, etc. Sin embargo, el protagonista más notorio de este mundo –ese poder al que aún llamamos “económico” o “financiero”, pero que es más bien poder puro, en la medida en que tiende a sobreponerse a las formas tradicionales del poder político o económico– muestra dos notas más esenciales: la primera, la conciencia asumida (cosa que no hizo Europa) de la totalización de la historia (de allí las concepciones de la aldea o la ciudad global, etc.). Por otra parte, el fenómeno de que el instrumento privilegiado del poder, el instrumento por excelencia, es la información: su control mundial es, justamente, el corazón del sistema. Todo ello da como resultado un mundo –y, en los países centrales, un

mundo cotidiano— abstracto, des-realizado. Podemos invertir la formulación marcusiana de mundo de la reificación total en tanto esta reificación es, a la vez, una des-reificación: desreificación del trabajo humano —aún del trabajo industrial— y de las cosas —aún como objetos de consumo—: todo *ello pierde peso ontológico*. El “hombre contemporáneo”, el de las sociedades superdesarrolladas, vive una vida evanescente en un mundo evanescente, en el que ya no posee y ni siquiera consume las cosas, sino que más bien experimenta cómo el objeto se consume a sí mismo, dentro de una infinita reproducción de necesidades y satisfacciones inesenciales.

Hemos dicho que el tema nos pone en plena filosofía de la historia. Apuntamos acá —como supuesto que debería ser desarrollado— que una comunidad, o una gran época dentro de ella, se abre a partir de un acontecimiento fundacional, que es algo totalmente distinto de un “hecho inicial”. Quisiéramos evitar la ya remanida y ambigua palabra “mito”, pero nos decidimos a usarla en un significado amplio. El acontecimiento que funda una comunidad instaure un núcleo “mítico”. Pero aclaremos desde ya el posible equívoco. La antropología —en su versión europea más primitiva y salvaje— contrapuso un “hombre mítico” al “hombre lógico”, o en versiones más recientes, y también en la historia y filosofía de las religiones, al “hombre histórico”, como lo hace M. Eliade en —para citar una de sus tantas obras— el prólogo a *El mito del eterno retorno*<sup>2</sup>, donde, no casualmente, propone a este “hombre histórico”, es decir, el hombre “que se hace a sí mismo en la historia”, como un descubrimiento post-hegeliano. La concepción del mito en Eliade propone un Tiempo Primordial de los Acontecimientos, un tiempo sagrado del cual el tiempo profano es una degeneración, pero que puede ser restaurado por “el mecanismo de la transformación del hombre en arquetipo mediante la repetición”<sup>3</sup> ritual del Arquetipo mítico. En la mentalidad mítica, en sentido estrictamente antropológico, pues, el acontecimiento primordial debe ser periódicamente repetido mediante el rito, que re-funda el Mundo. Pero aquí se trata estrictamente de una *repetición*, de una reiteración de lo mismo, que excluye la “novedad” y más bien trata de eliminarla como profana y disgregante. Una comunidad histórica también tiene que reiterar, periódicamente, su núcleo

fundacional, “mítico”, so pena de languidecer y morir. Pero esa refundación no es una repetición lisa y llana, ritual, del acontecimiento original –esto da por resultado, más bien, los rituales muertos, que vacían a la historia de sentido en vez de conferírsele– sino una reiteración del núcleo de sentido, que lo hace nuevamente presente y lo vivifica, pero asumiendo en él y desde él las novedades y los cambios que mientras tanto se han ido produciendo, y que da a ese mismo núcleo un rumbo que abre, también desde él, nuevas perspectivas para la comunidad. Para nuestra conceptualización, “mito” e “historia” más bien coinciden: la fundacionalidad, la “sacralidad”, –si se quiere, abre la historia, pero la repetición de lo fundacional es siempre, también, la emergencia de una novedad. A lo fundacional no se lo repite, sino que se lo recrea y se le vuelve a dar un destino. Lo “ritual” histórico es siempre, también, un acto creativo. En otras palabras, y contra la dicotomía que supone una comunidad fundada exclusivamente en lo mítico *versus* la historia= puro devenir, sostenemos que la historia es un *análogo* del mito (lo que abre, dicho sea de paso, el problema de la continuidad o discontinuidad entre ellos).

Ahora bien, ¿qué significa, dentro de este marco, la “modernización”? Obviamente, es una propuesta hecha a pueblos rezagados, que no están, como tales, en el centro del mundo post-moderno. Esa propuesta contiene un equívoco transparente: se nos invita a entrar en ese mundo, pero a través del paso previo de la modernización, que aún no habríamos dado. También es transparente que se trata de una vieja historia –ya convertida en historieta– contada desde hace mucho por una determinada praxis histórica: la de la Civilización ofrecida a la Barbarie, junto con los espejitos y cuentas de colores. Se nos ofrece entrar en la historia universal, pero a su cola, con la esperanza de alcanzar un modelo que sin embargo se substrahe siempre en lo inalcanzable y nos resitúa permanentemente en la inferioridad y la dependencia. “Modernizándonos”, entraríamos en el mundo postmoderno para cargar el lastre de la modernidad que éste deja atrás; en su aspecto económico, el más visible, la vieja función de productores de materias primas y, ahora, de mano de obra barata. La propuesta más sutil –con espejitos, como en el caso de nuestro país– es la oferta de desarrollar (¿milagrosamente?)

industrias de punta y de participar graciosamente en el sistema mundial de información cuyo control, obviamente, no está incluido en la oferta. En cualquier caso, se hace necesaria una aculturación y transculturación, una aceptación de los valores del sistema, cuyo mayor problema –y también en su centro– es, por lo demás, el de la generación de nuevas lealtades que substituyan a los perimidos mitos “ideológicos”, como el patriotismo, de la sociedad industrial y/o pre-industrial.

Por debajo de esta propuesta hay también una concepción, además de una praxis, de la historia: no la historia –o la pluralidad de historias– como re-petición creativa, sino la historia única, lineal y ascendente que la Europa moderno-industrial enunció como “progreso”. Ahora bien, la *Weltanschauung* en que se da esta concepción progresiva y “progresista” de la historia, aparentemente desacralizadora, desmitificadora y “racional”, constituye también *un conjunto de mitos*. En realidad, el hombre histórico europeo-moderno ha sido especialmente prolífero en ellos: el “individuo”, la “naturaleza humana”, el “pacto social”, el “progreso”<sup>4</sup>, la “raza”, la “misión del hombre blanco”<sup>5</sup>, etc., así se trate de mitos degenerados o antimitos (la misma “desmitificación”, la Razón, la Ciencia, es uno de sus mitos fundamentales), cuya repetición impulsó su historia. En esta línea mitopoiética se inscribe también la concepción de la historia aludida. ¿Qué hacer ante esta invitación-imposición a suplantarnos nuestros propios mitos fundacionales para insertarnos en el mito del “progreso” –convenientemente actualizado– so pena de perder el tren de la historia? Una posibilidad es aceptarla. Ello supone desde ya –como dijimos– suprimir y olvidar nuestra historia propia y transculturalizarnos en sentido estricto<sup>6</sup>. Las consecuencias van desde la resignación a ser el furgón de cola al mito –prefabricado, porque la mito-poíesis del mundo post-moderno, en tanto ha penetrado algunos mecanismos más o menos superficiales de la mitopoíesis auténtica, es artificial y controlada–<sup>7</sup> de que podemos llegar, mediante un salto no muy claro, a ubicarnos en la primera o al menos, y más seguramente, en la segunda línea del sistema y “disfrutar” módicamente de sus ventajas. Pero el hecho es que nunca ha sido tan notoria la inaccesibilidad del modelo propuesto. La sociedad post-moderna, como mito

incitador, está lejos de producir entre nosotros las reacciones, en gran medida sangrientas, que tuvo en el siglo pasado el de la “civilización”. Más bien nos resulta, desde ya y sin más, una farsa.

¿Qué hacer entonces, preguntamos nuevamente, si esa misma aceptación no es creíble? La resignación puede transformarse muy bien en escepticismo total. ¿Y si por el contrario aspiramos a una refundación –no, por cierto, a una “Segunda República”, sino a la recreación de la Nación y de América? Esta posibilidad es *épica*<sup>8</sup>. ¿Pero tenemos margen, dentro de la destrucción a que somos sistemáticamente sometidos, para esta empresa? ¿No habrá que conformarse con la espera pasiva de que ese mito impuesto se derrumbe por imposible? Y si tal cosa sucede, ¿qué quedaría en su lugar? ¿No nos encontraríamos con que ya no somos un pueblo –esto es, un núcleo histórico-mítico– sino una población, un conjunto de habitantes de un territorio que, al perder ese núcleo, ha perdido todo rumbo?

¿O será todavía posible transformar esa resignación en *resignificación*?<sup>9</sup> Si no aceptamos los mitos de plástico del sistema, tampoco podemos repetir, en un ritual muerto, los mitos propios fosilizados, reducidos a su cascara. Una actitud “optimista” afirma que los dioses, que han huido del mundo técnico (recordemos a Heidegger, último pensador europeo de Occidente como tal), entre nosotros han permanecido, y están al alcance de la mano. No podemos explayarnos ahora en qué sentido y en qué medida también esto –por ejemplo, el uso abstracto de la noción de pueblo– es también un pseudomito. Ante ello, quiero mencionar la propuesta de un joven alumno y amigo, Fabián Rossi, que insiste en que los dioses *están aquí* –y aquí es también, y tal vez en especial, las calles del centro de Buenos Aires, de Rosario o de Córdoba; la tarea es descubrirlos de nuevo, en todo caso convocarlos, hacerlos emerger, y, si es necesario, crearlos (re-crearlos) violentamente. Como Heráclito junto al fuego, nosotros hemos visto a los dioses habitar las fábricas; ellos pueden igualmente frecuentar los lugares y los instrumentos que una táctica apropiada se dé para nuestra realización.

Pero ello no será posible sin un aspecto que el pensamiento que intenta nuestro rescate y proyección a veces olvida: el del *poder*. No será posible sin una *política*, esto es, sin una voluntad mitopoiética que redescubra, organice y conduzca, con los medios necesarios (que pueden ser originales, pero también pueden ser los del sistema, resignificados para que *medien* una nueva y propia significación) nuestro fondo substancial.

Esta tarea es de por sí eminentemente difícil, porque no sabemos si y hasta dónde ese fondo ha sido afectado por la influencia del poder mundial (sí lo sabemos en cuanto a la superficie); y por otra parte, esta verdadera revolución debe llevarse a cabo en el seno de un mundo que este poder, a lo que parece, domina y controla más que nunca. La empresa es a la vez heroica y erótica<sup>10</sup>. Tomemos en serio esto último: se trata del amor entre los hombres y mujeres de un pueblo, que se manifiesta en el amor que ese pueblo siente por sí mismo y que puede dar a otros. Si se quiere, del instinto de vida freudiano frente a las pulsiones tanáticas que son la verdad última del sistema mundial. Esto hace que la empresa sea, además, casi desesperada: porque esa verdad del mundo post-moderno ya no es, para nosotros, la dependencia sino la aniquilación, esa aniquilación que pende sobre el Centro mismo y que se está ejercitando en la periferia, exportándola a ella, mientras se pueda.

Para volver- al principio: la aparentemente inocente propuesta de “modernización” como tema de moda se revela como una provocación límite a la voluntad de ser. Del hecho de que queramos ejercer esa voluntad o no, depende el derecho y la dignidad de pretender seguir llamándonos una Nación y un pueblo, y aún la nula posibilidad de sobrevivir.

## Notas

<sup>1</sup> De cuya obra tenemos en marcha una edición para Ediciones Hernandianas. Los escritos sobre filosofía de la historia integrarán el segundo volumen. Dicho sea de paso, muchas de las tesis de la autora, expuestas ampliamente en clases y seminarios, han sido a veces utilizadas, después de su muerte, sin mención explícita de su origen o con una referencia sólo general o tangencial a él.

<sup>2</sup> Mircea Eliade, *Le mythe de l'éternel retour - Archétypes et Rénétitions* (1951). Tr. cast. *El mito del eterno retorno - Arquetipos y repetición*, tr. de Ricardo Anaya, Emecé, Buenos Aires, 1968(1); Alianza, Madrid, 1984 (5,6); citamos esta ed., p. 10.

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 42.

<sup>4</sup> Cf. L. Mumford, *Technics and Civilization* (1934), tr. cast. *Técnica y Civilización*, Alianza, Madrid, 1971(1); 1977(2), cap. 4, esp. § 9, "La doctrina del progreso. Tras describir, en los §§ anteriores, las espantosas condiciones de vida de la era paleotécnica, alude (tr. cast., p. 200) a los "complacientes estudiosos" de clase media que comparaban una siniestra Edad Media con las maravillas de su propia época. "¿Cómo era posible creer tal cosa?" —se pregunta—. "Hay que detenerse un segundo para examinar su origen, pues no se puede entender la técnica, a menos que se aprecie la deuda que tiene contraída con la mitología." El mito *ad hoc* fue la doctrina del progreso.

<sup>5</sup> En su conducta respecto al resto del mundo, Europa actuó "míticamente" aún en sentido etnológico: se constituyó en "Centro", en *Axis Mundi*, a partir del cual eran "cosmizados" los territorios conquistados. Cf. M. Eliade, *op. cit.*, p. 20.

<sup>6</sup> América nace como una *fractura* ontológico-cultural, pero a la vez, y desde un comienzo, revela —y esto merecería ser profundizado— una capacidad de síntesis, no "dialéctica", como superación de los opuestos, sino inmediata y originaria. América, obviamente, no ha tenido —aceptando el esquema lineal de la historia— la Antigüedad, la Edad Media y la Modernidad *que tuvo Europa*, aunque tal vez por otros canales y por esa capacidad de síntesis, seamos herederos de posibilidades de Occidente que la Modernidad europea desechó.

<sup>7</sup> Cabe recordar, en este sentido, la narrativa del estadounidense F. Herbert, en especial su obra más conocida, la trilogía de *Dune* (a la que últimamente se añadieron otros tres tomos que dejan la historia aún abierta). Esta obra, clasificada dentro de la ciencia-ficción y (por un equívoco al que dan pie la dedicatoria y los primeros capítulos) calificada a veces de "novela ecológica", es en realidad una de las más profundas reflexiones contemporáneas sobre el poder, en el cual la función mitopoiética juega el papel decisivo.



<sup>8</sup> Cf.: "La modernización: el nuevo nombre del imperativo categórico", ponencia presentada por Ana Zagari en las Primeras Jornadas de Reflexión sobre Pensamiento Americano sobre el tema "La cuestión de la modernidad", auspiciada por la Fundación Ross, con la adhesión de Encuentros de Pensamiento y Cultura Dr. Agustín de la Riega, Rosario, 24 y 25 de mayo de 1986.

<sup>9</sup> La idea y su fórmula pertenecen a José Daniel Rodríguez y Ana Zagari, quien nos la sugirió en una conversación.

<sup>10</sup> La noción de "erótico" fue agregada por Juan Pedro Mattas en la conversación recordada en la nota anterior. El sentido que damos acá a lo erótico no es el mismo que le da el autor de la sugerencia. Cf., por ejemplo, "Argentina moderna: hacia el final", ponencia presentada en las Jornadas mencionadas en n. 8.

P.S.: Valga esta nota como homenaje a la memoria de J. P. Mattas, que falleció, en plena juventud, mientras este número estaba en prensa.